

Javier Marías      *Todas las almas*

Novela en clave autobiográfica, aunque el autor, en artículos posteriores —añadidos al final de la novela—, se distancia del protagonista, y confiesa que aunque son muchas las circunstancias que concurren en ambos casos, siendo las más destacadas: estancia de dos años como lector de español en Oxford, vivir en una casa piramidal, haber nacido en Madrid en el barrio de Chamberí un 20 de septiembre, tener tres hermanos y una vieja aya, ser escritor y coleccionista compulsivo de libros antiguos y raros, etc., sin embargo, su propósito era que el “español” de su novela pudiera ser cualquiera, incluso él mismo, ambigüedad que no ha querido destruir con descripciones físicas concretas del protagonista o asignándole un nombre (el único que se le da en la narración se lo otorga un colega en una discoteca, cuando lo presenta a unas jovencitas, y resulta ser falso). En cambio, introduce un detalle de diferenciación entre él y su personaje cuando lo vemos casado y con un hijo tras su vuelta a Madrid: el autor no está casado y no tiene hijos, pero dice, siguiendo con la ambigüedad, que podría llegar a casarse y tener un hijo en el futuro, lo cual no lo descarta de la posibilidad de identificación con el personaje de ficción.

La novela está narrada por el protagonista cuando ya está instalado en Madrid, casado y con un hijo, es decir, transcurrido un tiempo, lo que le otorga cierta perspectiva y distanciamiento a la narración.

Por otra parte, el relato mezcla verdad y ficción. De la parte de verdad histórica dan fe destacada las dos fotografías del enigmático escritor John Gawsworth, seudónimo de Terence Ian Fytton Armstrong, que se incluyen en la novela, junto con su biografía. El final patético de Gawsworth hace temer en cierto momento al protagonista que a él pudiera pasarle lo mismo. Es una de las hebras de melancolía y desazón que se anudan en la novela.

Esta mezcla propicia la aparición de tres tipos de personajes, que según los describe el propio autor serían: a) personajes enteramente inventados, b) un personaje histórico, John Gawsworth y c) personajes relacionados en mayor o menor medida con personajes reales del universo oxoniano.

La propia ciudad de Oxford, «inmutable e inhóspita y conservada en almíbar» es uno de los protagonistas y principales culpables de este tono un poco melancólico y desesperanzado que impregna toda la vivencia inglesa del escritor español. También los personajes humanos —como dice [Elide Pittarello](#) en su prólogo— son descritos por el narrador «con una sensación de *descenso* o *vértigo* o *caída* o *abatimiento*. Son palabras recurrentes que involucran en una espiral mortífera a todos los habitantes de Oxford, el lugar del desarraigo y la difuminación.»

Y continúa: «Extranjero de sí mismo, el narrador “perturbado” se fija sobre todo en el lado negativo de las apariencias o superficie del mundo...»

En el episodio del cubo de la basura, en el que se aprecia, según el protagonista, la única obra interesante realizada ese día, se puede observar, según Pittarello, uno de los temas típicos de la

narrativa de Javier Marías: somos el resultado tanto de lo que escogemos como de lo que descartamos.

El extrañamiento del protagonista lo lleva a considerar a su colega y único amigo en Oxford, Cromer-Blake como figura paterna o materna y a la relación con su amante Clare Bayes como algo fraternal, buscando una cierta consistencia y un apoyo que suelen proporcionar las relaciones familiares, en ese mundo ajeno a la familia en el que se desenvuelve.

En medio de un universo de seres poco convencionales: Cromer-Blake es homosexual, Toby Rylands tiene un pasado oscuro casi de agente secreto, otros colegas profesores son espías o llevan una doble vida, Clare actúa con una desinhibición sexual y despreocupación tal de que su marido sepa de su aventura que sorprende a su amante, el viejo portero Will cree estar cada día en una fecha diferente y saluda a los profesores con los nombres de otros del pasado, la gitana guapa que vende flores a la puerta de la casa piramidal, el buscador de libros raros con su perro cojo, etc., aparece nuestro protagonista como el más equilibrado y de costumbres más convencionales, tanto es así que tal vez se nos haya incluido el episodio de la discoteca y su aventura sexual de una noche con la no-gorda Muriel como un contrapunto, una especie de borrón en su vida metódica que acerca al Español a ese elenco de seres melancólicos y algo patéticos con los que se relaciona. La *tristitia post* de ese encuentro más insustancial que sórdido está también en la onda del clima desencantado y melancólico del relato.